

JOSE MARTI

por Raimundo Lida

SU VIDA

Nació en hogar pobre. Ya a los dieciséis años, el futuro héroe nacional de Cuba se hace sospechoso a las autoridades españolas por su colaboración en "El Diablo Cojuelo", pequeño periódico satírico de estudiantes, y en "La Patria Libre", donde publica un esbozo de drama en verso con claras alusiones e incitaciones patrióticas. Por sus actividades revolucionarias es condenado poco después a presidio y trabajos forzados en las canteras. En 1870 se le conmuta la pena por la deportación a España. Desde entonces todos sus esfuerzos se orientarán hacia un único propósito: la independencia de su patria. El mundo entero se le aparecerá dividido en dos bandos: "Todos los que aborrecen la libertad, porque sólo la quieren para sí, están en uno; los que aman la libertad y la quieren para todos, están en otro". Puesto en ese camino, nada habrá que no sacrifique a la meta.

Ya en tierra española —Madrid, Zaragoza— redobla sus tentativas de "conspirador hidalgo". Apenas llegado a la capital del reino, escribe "El presidio político en Cuba", ardiente descripción de la vida en las canteras, con que conmueve no sólo a sus compatriotas desterrados, sino a los españoles mismos. Entre tanto, estudia Derecho y Letras, y, para ganarse el sustento, da lecciones particulares. Pero el tiempo le alcanza también para hablar y escribir sin descanso por la emancipación de su Isla. Por otra parte, viendo de cerca la política española, tiene ocasión de comprender en su raíz el drama de Cuba colonial, oprimida económica y socialmente, y sin esperanzas de alivio, a pesar de las renovadas promesas de sus gobernadores. Situación que a Martí se le aparece tanto más oprobiosa cuando considera que el resto de la

América española es ya libre. "El poema de 1810 está incompleto, y yo quise escribir su última estrofa".

Proclamada en España la república (1873), Martí puede abandonar el país, se traslada a Francia, y luego a Inglaterra; allí se embarca rumbo a América. En México, donde no tarda en trabar relación con los mejores hombres del momento, se entrega a intensa labor de tribuno, periodista y polemista, y hasta ensaya escribir para el teatro. Años más tarde, después de tocar en Cuba por breve tiempo, pasa a Guatemala: enseña en la Universidad y funda la Revista Guatemalteca. Pero muy pronto renuncia a sus cátedras, en protesta por la injusticia cometida contra un colega.

¿Cuál era entre tanto la situación de Cuba? La guerra libertadora iniciada diez años antes (1868) había venido lentamente a parar en un fracaso: en la llamada "paz del Zanjón", con que los españoles, bajo apariencia de acceder a las reivindicaciones cubanas, no mejoraban en cosa alguna el estado de la Isla. Martí regresa a ella con otros compatriotas, poco después de firmado el engañoso pacto. Abre estudio de abogado, pero se prodiga al mismo tiempo en discursos políticos y sigue conspirando por la revolución. En 1879 las autoridades vuelven a encarcelarlo, y lo confinan otra vez en España.

Nuevo contacto con la politiquería ociosa y palabrera de la metrópoli. Ya no cabe esperar más: la suerte de Cuba no se remediará mientras dependa de España. Martí logra huir a Francia, de donde parte a los Estados Unidos. Viven allí muchos millares de emigrados cubanos, y él se pone a trabajar fervorosamente en reunirlos, organizarlos y disciplinarlos, mientras llegue el momento de obrar. Una oportunidad favorable parece presentarse a mediados de 1880; sin embargo, los intentos de sublevar la población de Cuba sufren rotundo fracaso. Martí se traslada a Caracas, en cuya vida intelectual ejerce poderoso influjo desde la tribuna y la prensa; pero como sus ideas, y su presencia misma, inspiran recelo al dictador Guzmán Blanco, decide abandonar Venezuela y regresar a los Estados Unidos.

Comienza entonces el período de más abrumadora labor. Mientras se gana la vida trabajando en una casa de comercio y traduciendo libros ingleses y norteamericanos, da clases gratuitas a compatriotas pobres, escribe en periódicos de todo el Continen-

te (hasta críticas de arte en "The Sun", de Nueva York), funda y redacta una revista para niños —"La Edad de Oro"—, representa con eficacia y brillo a varios países sudamericanos. Y al mismo tiempo prosigue su campaña emancipadora trasladándose de una ciudad a otra, dentro y fuera de los Estados Unidos, en rápidos viajes de propaganda, para aunar y templar voluntades con sus fogosos discursos patrióticos.

En 1892, Martí está al frente del Partido Revolucionario Cubano. Crea en Nueva York el diario "Patria", organiza y coordina multitud de centros rebeldes, atiende hasta en los menores detalles la dirección civil de la campaña libertadora. Actividad increíble que culmina tres años después con el estallido de la nueva guerra de emancipación. Una tentativa de desembarco en Cuba, se malogra a último momento por traición de uno de los agentes al servicio de los conspiradores. Pero sin pérdida de tiempo se inician los preparativos para otra nueva expedición. Martí pasa a Santo Domingo, donde se reúne al General Máximo Gómez, jefe militar de los insurrectos. Allí escribe el manifiesto de Montecristi, admirable exposición de los principios éticos, sociales y políticos que guían la conducta del Partido.

Pero en medio de tantos proyectos y esperanzas, viene a atormentarle con renovada insistencia la idea de la muerte. Ya muchos años antes le había aquejado el oscuro presentimiento de que no alcanzaría a ver cumplido su sueño —Cuba libre—, por más que nunca le acobardaron aprensiones ni efectivos obstáculos. Por entonces había dicho: "Lo imposible es posible. Los locos somos cuerdos. Aunque yo, amigo mío, no cobijaré mi casa con las ramas del árbol que siembro". Ahora confiesa al escritor dominicano Federico Henríquez Carvajal, hablándole de la lucha que pronto ha de comenzar en tierra patria: "Mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí ya es hora".

Es su hora, en efecto. Venciendo las mayores dificultades y peligros, parten los expedicionarios a Cuba, llegan, desembarcan. Martí —que si de algo se jactaba era precisamente de "saber sufrir"— da a sus compañeros ejemplo altísimo de coraje y entusiasmo. Y encuentra la muerte en la acción de Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, al embestir, en un arranque de heroica im-

prudencia, contra las fuerzas españolas. Tenía apenas cuarenta y dos años.

SU OBRA

Vida tan generosa y sacrificada como la de José Martí ya sería por sí sola dechado admirable de abnegación, de amor sin límites a su pueblo y a América, de actividad asombrosa proseguida a través de las mayores adversidades. Pero Martí es, por añadidura, uno de los más insignes escritores de nuestro Continente.

No, desde luego, escritor profesional; para serlo le faltó reposo y tiempo. Intelectual de curiosidad insaciable (“leía vorazmente y retenía de manera prodigiosa”, cuentan los que lo conocieron) debió las más veces, a pesar suyo, escribir de prisa y sobre los asuntos más dispares. Pero toda su obra, tan variada y extensa, está recorrida en lo hondo y como enhebrada por una constante pasión; la del bien. Mientras haya hombres injustamente oprimidos —piensa Martí—, el escribir debe ser simple medio para alcanzar un fin más alto. “¡La justicia primero y el arte después!” Arte bienhechor es el único que Martí admite. El artista ha de ser útil a los hombres, ha de servir a los hombres. Entre sus amigos poetas, él preferirá al que sea “poeta en versos y en obras”. Si tiene que elegir entre una inquieta vida de acción y el disfrute descansado del arte, no vacilará: “A obrar bien, y no a gozar, hemos nacido”. Pensando en sí mismo, insiste una vez más: “Servir es mi manera de hablar”. Si escribe, es porque sabe que las letras, lejos de embotar la lanza, suelen ser la mejor lanza: “Las guerras van sobre camino de papel”.

Este noble utilitarismo es rasgo persistente en la obra de Martí. Lo vemos en sus cartas, de las más admirables que se hayan escrito en nuestro idioma —comentario vivo de su acción, y acción ellas mismas. Lo vemos en su copiosa labor de periodista, desparramada en hojas de Cuba, Estados Unidos, México, Guatemala, Honduras, Venezuela, Argentina (escribió en “La Nación”, de 1882 a 1891): artículos rebosantes de observaciones sobre hechos e ideas que de algún modo toquen a América: geografía e historia; arte, ciencia y educación: vida económica, social y política. Y es que la cultura misma de Martí, tan extensa,

tan firme, tiene como resorte y centro ese afán ardentísimo de comprender la índole actual y futura de América, —“Continente de la esperanza humana”— desentrañándola, hasta donde sea posible, de su pasado. En el pensamiento de Martí, el destino de Cuba es inseparable del de esos países fraternalmente amigos que él recorre en su largo destierro, confortado por la convicción de que ven su causa con unánime simpatía. Ni puede ser de otra manera, puesto que su causa atañe por igual a toda la América española: “En Cuba no peleamos por el bien exclusivo de la Isla . . . ; peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana”.

Acción, e invitación a actuar, fueron desde luego sus discursos. Martí es orador eximio, y como orador, más que como poeta, lo estimaron sus contemporáneos. Asombra el ímpetu sostenido de su elocuencia —sin andamiaje retórico, sin peso inerte, sin ripo: todo “trabaja” en los amplios párrafos de Martí, que él suele realzar apoyándolos en aforismos breves y cortantes. Y esta variada abundancia de ritmos da a su prosa un movimiento, una fuerza, una sonoridad de sinfonía (hasta su puntuación es menos lógica que “musical”), reforzada por el tumulto de brillantes metáforas en que se abre su pensamiento mientras avanza. Elocuencia sin sensiblería ni efectismo; lujo verbal que nace del directo y apasionado interés del orador en las cosas a que se está refiriendo. “¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos?”

Martí fué escritor originalísimo, pero sin rebuscamiento ni excentricidad. Es sorprendente la diversidad y acierto de sus recursos sintácticos, y la riqueza de su vocabulario. Tuvo maravilloso dominio de su idioma, que siempre amó y estudió, deseoso de “escribir con toda la clara limpieza, y elegancia sabrosa, y giros gallardos” de la lengua española. A su innato sentido del habla popular, sumaba la atenta lectura de los clásicos: la crítica ha señalado en Martí influjos de Santa Teresa, Herrera, Góngora, Quevedo, Gracián, Quintana (cierto dejó “extrañamente arcaico” advertían en él quienes lo escuchaban). Y enriqueció, en fin, este caudal leyendo y traduciendo asiduamente a autores extranjeros, sobre todo de lengua inglesa. “Conocer diversas literaturas —decía Martí— es el mejor medio de libertarse de la tira-

nía de algunas de ellas". Pero ese saber, bien asimilado y bien disimulado, lo emplea Martí con toda naturalidad, como su grande erudición histórica y literaria, como su habilidad en crear palabras nuevas —insectear, extranjerizo, intermezcla, post-adquirido, prehecho, sobrerrodear—, o en introducir voces españolas desusadas ya, o eficaces galicismos y anglicismos, o pintorescas expresiones regionales de América —genioso, sabichoso, y hasta algún nomás usado como en la Argentina.

Toda su prosa —no sólo sus discursos: también sus artículos, y aún sus cartas— abundan en rasgos de voluntaria y magnífica simplicidad, como de poeta antiguo, y con frecuente reminiscencia de imágenes bíblicas. Así escribe a un compañero de guerra: "... Cuando me toque caer, todas las penas de la vida me parecerán sol y miel, si está usted a mi lado". En su elogio del sabio venezolano Cecilio Acosta: "El iba a pie, como llevado de alas, defendiendo a indígenas, amparando a pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellón de cabritillo no nacido". En su evocación de Emerson: "Era de niño tímido y delgado, y parecía a los que le miraban, águila joven, pino joven. Y luego fué sereno, amable y radiante, y los niños y los hombres se detenían a verle pasar. Era su paso firme . . . ; su cuerpo alto y endeble, como esos árboles cuya copa mecen aires puros . . . Ladera de montaña parecía su frente". Y en la arrebatada exhortación patriótica de su discurso sobre Heredia: "¿Y Cuba, tan bella como Grecia, tendida así entre hierros, mancha del mundo, presidio rodeado de agua, rémora de América? Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, ¿qué hacen en la playa los caracoles, que no llaman a guerra a los indios muertos? ¿Qué hacen las palmas que gimen estériles, en vez de mandar? ¿Qué hacen los montes, que no se juntan falda contra falda, y cierran el paso a los que persiguen a los héroes?"

Lo grandioso y patético acude naturalmente a la pluma de Martí: hasta en sus correspondencias para los periódicos (léase por ejemplo la descripción del terremoto de Charleston). Sarmiento admiraba en él "su resonancia de metal" y su "estilo de Goya". Pero no menos admirable es en el detalle breve y sugestivo trazado al pasar —los rebeldes de Concord, que dispa-

ran la primera bala contra los ingleses de casaca roja; el ejército de los Andes, con sus maderos y cuerdas para que los veintiún cañones no se lastimen. Su amor a las cosas, por humildes que sean, y principalmente cuando las ve como signos de bienhechora actividad humana, se traduce a menudo en inesperadas comparaciones digresivas, o en toques de vivo color exótico (sin caer nunca en pintoresquismo vulgar). Pero Martí gusta también de combinar juguetonamente alternados matices de gravedad e ironía, de sentimiento sincero y travesura: véanse sus páginas sobre "Los chinos en New York", o las descripciones de pueblos y tiempos lejanos en La Edad de Oro, su admirable revista para niños. En pocos escritos modernos se ha dado tan feliz unión de delicadeza y fuerza.

Las más altas cualidades de su estilo aparecen, aristocráticamente depuradas, en sus versos. Versos sencillos, llama a uno de sus libros, y aclara en el prólogo: "Amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras". Su poesía es modelo de gracia y flexibilidad, no sin cierta complacencia en el juego de los sonidos, y en el contraste semihumorístico de colores simples e ingenuos:

*Una duquesa violeta
va con un frac colorado;
marca un vizconde pintado
el tiempo en la pandereta.*

Martí es en cierto modo —con el cubano Julián del Casal y el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera— uno de los iniciadores del movimiento modernista en poesía, que culminará con Rubén Darío. Pero "su modernidad apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces" (Onís). En la poesía de José Martí —purísima entre las de su tiempo, y ajena a escuelas y modas— nada hay que los años hayan empañado: nada ha perdido la limpidez primera de sus formas, ni su emoción honda y transparente de canto popular.